

Datos biográficos

Tomás Rivera nació en Crystal City, Texas, el 22 de diciembre de 1935 en una familia de trabajadores migrantes. De joven, Rivera aprendió el valor de la educación mientras trabajaba en los campos junto a su familia a la vez que se dedicaba a los estudios académicos. Logró educarse a pesar de las clases que perdía durante las cosechas. La familia Rivera migraba de pueblo a pueblo en la zona del Medio Oeste de los EE.UU., vulnerable a la injusticia, al racismo, y a la dureza de horas de labor bajo el sol incllemente. Todos trabajaban, incluso los niños pequeños.

A la edad de once años, Tomás Rivera escribió su primer cuento, "El accidente", inspirado por un accidente de automóvil que había sufrido. Desde muy joven sabía que quería ser escritor.

Después de graduarse de la universidad, Rivera enseñó inglés y español en varias escuelas secundarias y unos años más tarde recibió el doctorado en Lenguas Romances de la Universidad de Oklahoma. En 1979 Rivera llegó a ser presidente de la Universidad de California en Riverside.

Tomás Rivera murió el 16 de mayo, 1984 de un ataque cardíaco. Hoy, se reconoce a Rivera como una figura sobresaliente e influyente de la literatura chicana. Es autor, en los dos idiomas, español e inglés, de novelas, cuentos, poesía y ensayos. Su obra relata sus propias experiencias de niño en el mundo duro de los trabajadores migrantes.

La narrativa de Tomás Rivera

Se dice de García Lorca que es el escritor más regional y a la vez el más universal. Lo mismo se puede aplicar a Tomás Rivera. A través de las experiencias de su niñez entre trabajadores migrantes, una niñez afligida por la pobreza y el racismo, Rivera presenta temas universales como el sufrimiento de los pobres, la búsqueda de identidad, el contacto de culturas y la crisis de fe, entre muchos más.

... y no se lo tragó la tierra, la obra más conocida de Tomás Rivera, es difícil de clasificar. Se puede leer como una serie de cuentos cortos, pero al leerlos en conjunto, los cuentos forman una narrativa sobre la vida de un joven. A la vez que se clasifica como una obra de ficción, ... y no se lo tragó la tierra contiene elementos autobiográficos, lo que casi la coloca en el género de memorias.

La forma de narración de la obra es única, imaginativa y poética. Los párrafos que llegan a los márgenes normales de las páginas presentan la voz de un narrador en tercera persona, más o menos omnisciente. Los párrafos sangrados (*indented*) presentan la voz del joven protagonista a veces en diálogo con otro personaje y a veces en forma de monólogo interior.

Las selecciones que siguen, "... y no se lo tragó la tierra" y "La noche buena" son dos de los cuentos en ... y no se lo tragó la tierra. Hay numerosos regionalismos y referencias a la cultura local. Por ejemplo, "N'ombre" es una contracción de "no hombre" y es el equivalente de "Man!" o "No, man!". En "La noche buena" se menciona a don Chon, una figura del folklore mexicano. Es un viejo que le ofrece tierra a un pobre que quiere sembrar una cosecha. Por eso simboliza la generosidad y en el cuento se asocia con el Papá Noel o "Santa Clos". Se puede observar la mezcla de elementos culturales en el mundo chicano: don Chon es del folklore mexicano; la noche buena es el 24 de diciembre, la noche antes de la Navidad, cuando se dan regalos según la tradición norteamericana; y el día de los Reyes Magos, el 6 de enero, es la fecha de dar regalos en la cultura hispana.

La primera vez que sintió odio y coraje fue cuando vio llorar a su mamá por su tío y su tía. A los dos les había dado la tuberculosis y a los dos los habían mandado a distintos sanatorios. Luego entre los otros hermanos y hermanas se habían repartido los niños y los habían cuidado a como había dado lugar. Luego la tía se había muerto y al poco tiempo habían traído al tío del sanatorio, pero ya venía escupiendo sangre. Fue cuando vio llorar a su madre cada rato. A él le dio coraje porque no podía hacer nada contra nadie. Ahora se sentía lo mismo. Pero ahora era por su padre.

—Se hubieran venido luego luego, m'ijo. ¿No veían que su tata estaba enfermo? Ustedes sabían muy bien que estaba picado del sol.

¿Por qué no se vinieron?

—Pos, no sé. Nosotros como andábamos bien mojados de sudor no se nos hacía que hacía mucho calor pero yo creo que cuando está picado uno del sol es diferente. Yo como quiera sí le dije que se sentara debajo del árbol que está a la orilla de los surcos, pero él no quiso. Fue cuando empezó a vomitar. Luego vimos que ya no pudo azadonear y casi lo llevamos en rastra y lo pusimos debajo del árbol. Nomás dejó que lo lleváramos. Ni repeló ni nada.

—Pobre viejo, pobre de mi viejo. Anoche casi ni durmió. ¿No lo oyeron ustedes fuera de la casa? Se estuvo retorciendo toda la noche de puros calambres. Dios quiera y se alivie. Le he estado dando agua de limonada fresca todo el día pero tiene los ojos como de vidrio. Si yo hubiera ido ayer a la labor les aseguro que no se hubiera asoleado. Pobre viejo, le van a durar los calambres por todo el cuerpo a lo menos tres días y tres noches. Ahora ustedes cuidense. No se atarenen tanto. No le hagan caso al viejo si los apura. Avientenle con el trabajo. Como él no anda allí empinado, se le hace muy fácil.

Le entraba más coraje cuando oía a su papá gemir fuera del gallinero. No se quedaba adentro porque decía que le entraban muchas ansias. Ape- nas afuera podía estar, donde le diera el aire. También podía estrarse en el zacate y revolcarse cuando le entraban los calambres. Luego pensaba en que si su padre se iba a morir de la asoleada. Oía a su papá que a veces empezaba a rezar y a pedir ayuda a Dios. Primero había tenido esperanzas de que se aliviara pronto pero al siguiente día sentía que le crecía el odio. Y más cuando su mamá o su papá clamaba por la misericordia de

Dios. También esa noche los habían despertado, ya en la madrugada, los pujidos de su papá. Y su mamá se había levantado y le había quitado los escapularios del cuello y se los había lavado. Luego había prendido unas velitas. Pero, nada. Era lo mismo de cuando su tío y su tía.

—¿Qué se gana, mamá, con andar haciendo eso? ¿A poco cree que le ayudó mucho a mi tío y a mi tía? ¿Por qué es que nosotros estamos aquí como enterrados en la tierra? O los microbios nos comen o el sol nos asolea. Siempre alguna enfermedad. Y todos los días, trabaje y trabaje. ¿Para qué? Pobre papá, él que le entra parejito. Yo creo que nació trabajando. Como dice él, apenas tenía los cinco años y ya andaba con su papá sembrando maíz. Tanto darle de comer a la tierra y al sol y luego, zas, un día cuando menos lo piensa cae asoleado. Y uno sin poder hacer nada. Y luego ellos rogándole a Dios... si Dios no se acuerda de uno... yo creo que ni hay... No, mejor no decirlo, a lo mejor empeora papá. Pobre, si quiera eso le dará esperanzas.

Su mamá le notó lo enfurecido que andaba y le dijo por la mañana que se calmara, que todo estaba en las manos de Dios y que su papá se iba a aliviar con la ayuda de Dios.

—N'ombre, ¿usted cree? A Dios, estoy seguro, no le importa nada de uno. ¿A ver, dígame usted si papá es de mal alma o de mal corazón? ¿Dígame usted si él ha hecho mal a alguien?

—Pos no.

—Ahí está. ¿Luego? ¿Y mi tío y mi tía? Usted dígame. Ahora sus pobres niños sin conocer a sus padres. ¿Por qué se los tuvo que llevar? N'ombre, a Dios le importa poco de uno los pobres. A ver, ¿por qué tenemos que vivir aquí de esta manera? ¿Qué mal le hacemos a nadie? Usted tan buena gente que es y tiene que sufrir tanto.

—Ay, hijo, no hables así. No hables contra la voluntad de Dios. M'ijo, no hables así por favor. Que me das miedo. Hasta parece que llevas el demonio entre las venas ya.

—Pues, a lo mejor. Así, si quiera se me quitaría el coraje. Ya me canso de pensar. ¿Por qué? ¿Por qué usted? ¿Por qué papá? ¿Por qué mi tío? ¿Por qué mi tía? ¿Por qué sus niños? ¿Dígame usted por qué? ¿Por qué nosotros nomás enterrados en la tierra como animales sin ningunas esperanzas de nada? Sabe que las únicas esperanzas son las de venir para acá cada año. Y como usted misma dice, hasta que

se muere uno, descansa. Yo creo que así se sintieron mi tío y mi tía, y así se sentirá papá.

—Así es, mi hijo. Solo la muerte nos trae el descanso a nosotros.

—Pero, ¿por qué a nosotros?

—Pues dicen que...

—No me diga nada. Ya sé lo que me va a decir—que los pobres

van al cielo.

Ese día empezó nublado y sentía lo fresco de la mañana rozarle las pestañas mientras empezaban a trabajar él y sus hermanos. La madre había tenido que quedarse en casa a cuidar al viejo. Así que se sentía responsable de apurar a sus hermanos. Por la mañana, a lo menos por las primeras horas, se había aguantado el sol, pero ya para las diez y media limpió el cielo de repente y se aplanó sobre todo el mundo. Empezaron a trabajar más despacio porque se les venía una debilidad y un bochorno si trabajaban muy aprisa. Luego se tenían que limpiar el sudor de los ojos cada rato porque se les oscurecía la vista.

—Cuando vean oscuro, muchachos, párenle de trabajar o denle más despacio. Cuando lleguemos a la orilla descansamos un rato para coger fuerzas. Va a estar caliente hoy. Que se quedara nublado así como en la mañana, ni quién dijera nada. Pero nada, ya aplanándose el sol ni una nubita se le aparece de puro miedo. Para acabarla de fregar, aquí acabamos para los dos y luego tenemos que irnos a aquella labor que tiene puro lomerío. Arriba está bueno pero cuando estemos en las bajadas se pone bien sofocado. Ahí no venca nada de aire. Casi ni entra el aire. ¿Se acuerdan?

—Sí.

—Ahí nos va a tocar lo mero bueno del calor. Nomás toman bastante agua cada rato; no le hace que se enoje el viejo. No se vayan a enfermar. Y si ya no aguantan me dicen luego ¿eh? Nos vamos para la casa. Ya vieron lo que le pasó a papá por andar aguantando. El sol se lo puede comer a uno.

Así como habían pensado se habían trasladado a otra labor para las primeras horas de la tarde. Ya para las tres andaban todos empapados de sudor. No traían una parte de la ropa seca. Cada rato se detenían. A veces no alcanzaban respiración, luego veían todo oscuro y les entraba el miedo de asolearse, pero seguían.

—¿Cómo se sienten?

—N'ombre, hace mucho calor. Pero tenemos que seguirle. Si quiera hasta las seis. Nomás que esta agua que traemos ya no quita la sed. Cómo quisiera un frasco de agua fresca, frescecita acabada de sacar de la noria, o una coca bien helada.

—Estás loco, con eso sí que te asoleas. Nomás no le den muy aprisa. A ver si aguantamos hasta las seis. ¿Qué dicen?

A las cuatro se enfermó el más chico. Tenía apenas nueve años pero como ya le pagaban por grande trataba de emparejarse con los demás. Empezó a vomitar y se quedó sentado, luego se acostó. Corrieron todos a verlo atemorizados. Parecía como que se había desmayado y cuando le abrieron los párpados tenía los ojos volteados al revés. El que se le seguía en edad empezó a llorar pero le dijo luego que se callara y que ayudara a llevarlo a casa. Parecía que se le venían calambres por todo el cuerpo. Lo llevó entonces cargado él solo y se empezó a decir otra vez que por qué.

—¿Por qué a papá y luego a mi hermanito? Apenas tiene los nueve años. ¿Por qué? Tiene que trabajar como un burro enterrado en la tierra. Papá, mamá y éste mi hermanito, ¿qué culpa tienen de nada?

Cada paso que daba hacia la casa le retumbaba la pregunta ¿por qué? Como a medio camino se empezó a enfurecer y luego comenzó a llorar de puro coraje. Sus otros hermanitos no sabían qué hacer y empezaron ellos también a llorar, pero de miedo. Luego empezó a echar maldiciones. Y no supo ni cuándo, pero lo que dijo lo había tenido ganas de decir desde hacía mucho tiempo. Maldijo a Dios. Al hacerlo sintió el miedo infundido por los años y por sus padres. Por un segundo vio que se abría la tierra para tragárselo. Luego se sintió andando por la tierra bien apretada, más apretada que nunca. Entonces le entró el coraje de nuevo y se desahogó maldiciendo a Dios. Cuando vio a su hermanito ya no se le hacía tan enfermo. No sabía si habían comprendido sus otros hermanos lo grave que había sido su maldición.

Esa noche no se durmió hasta muy tarde. Tenía una paz que nunca había sentido antes. Le parecía que se había separado de todo. Ya no le preocupaba ni su papá ni su hermano. Todo lo que esperaba era el nuevo día, la frescura de la mañana. Para cuando amaneció su padre estaba mejor. Ya iba de alivio. A su hermanito también casi se le fueron de encima los calambres. Se sorprendía cada rato por lo que había hecho la tarde anterior. Le iba a decir a su mamá pero decidió guardar el secreto. Solamente le dijo que la tierra no se comía a nadie, ni que el sol tampoco.

Salíó para el trabajo y se encontró con la mañana bien fresca. Había nubes y por primera vez se sentía capaz de hacer y deshacer cualquier cosa que él quisiera. Vio hacia la tierra y le dio una patada bien fuerte y le dijo:

—Todavía no, todavía no me puedes tragar. Algún día, sí. Pero yo ni sabré.



El abuelo quedó paralizado del cuello para abajo después del ataque al cerebro. Uno de sus nietos vino a platicar con él un día. El abuelo le preguntó que cuántos años tenía y que qué era lo que más le descabía. El nieto le contestó que tenía veinte y que lo que más quería era que se pasaran los siguientes diez años de su vida inmediatamente para saber lo que había pasado con su vida. El abuelo le dijo que estaba bien estúpido y ya ni le siguió hablando. El nieto no comprendió por qué le había llamado estúpido hasta que cumplió los treinta años.

La noche buena



La noche buena se aproxima y la radio igualmente que la bocina de la camioneta que anunciaba las películas del Teatro Ideal parecían empujarla con canción, negocio y bendición. Faltaban tres días para la noche buena cuando doña María se decidió comprarles algo a sus niños. Esta sería la primera vez que les compraría juguetes. Cada año se proponía hacerlo pero siempre terminaba diciéndose que no, que no podían. Su esposo de todas maneras les traía dulces y nueces a cada uno, así que racionalizaba que en realidad no les faltaba nada. Sin embargo cada navidad preguntaban los niños por sus juguetes. Ella siempre los apaciguaba con lo de siempre. Les decía que se esperarían hasta el seis de enero, el día de los reyes magos y así para cuando se llegaba ese día ya hasta se les había olvidado todo a los niños. También había notado que sus hijos apreciaban menos y menos la venida de don Chon la noche de Navidad cuando venía con el costal de naranjas y nueces.

—Pero, ¿por qué a nosotros no nos trae nada Santo Clos?

—¿Cómo que no? ¡Luego cuando viene y les trae naranjas y nueces!

—No, pero ése es don Chon.

—No, yo digo lo que siempre aparece debajo de la máquina de coser.

—Ah, eso lo trae papá, a poco crece que no sabemos. ¿Es que no somos buenos como los demás?

—Sí, sí son buenos, pero... pues espérense hasta el día de los reyes magos. Ese es el día en que de veras vienen los juguetes y los regalos. Allí en México no viene Santo Clos sino los reyes magos. Y no vienen hasta el seis de enero. Así que ése sí es el mero día.

—Pero, lo que pasa es que se les olvida. Porque a nosotros nunca nos han dado nada ni en la noche buena ni en el día de los reyes magos.

—Bueno, pero a lo mejor esta vez sí.

—Pos sí, ojalá.

Por eso se decidió comprarles algo. Pero no tenían dinero para gastar en juguetes. Su esposo trabajaba casi las diez y ocho horas lavando platos y haciendo de comer en un restaurant. No tenía tiempo de ir al centro para comprar juguetes. Además tenían que alzar cada semana para poder pagar para la ida al norte. Ya les cobraban por los niños aunque fueran

... y no se lo tragó la tierra 55

parados todo el camino hasta Iowa. Así que les costaba bastante para hacer el viaje. De todas maneras le propuso a su esposo esa noche, cuando llegó bien cansado del trabajo, que les compraran algo.

—Fíjate, viejo, que los niños quieren algo para Crismes.

—¿Y luego las naranjas y las nueces que les traigo?

—Pos sí, pero ellos quieren juguetes. Ya no se conforman con comida. Es que ya están más grandes y ven más.

—No necesitan nada.

—¿A poco tú no tenías juguetes cuando eras niño?

—Sabes que yo mismo los hacía de barro —caballitos, soldaditos

...
—Pos sí, pero aquí es distinto, como ven muchas cosas... ándale vamos a comprarles algo... yo misma voy al Kres.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿No tienes miedo de ir al centro? ¿Te acuerdas allá en Wilmar, Minesora, cómo te perdiste en el centro? ¿Tas segura que no tienes miedo?

—Sí, si me acuerdo pero me doy ánimo. Yo voy. Ya me estuve dando ánimo todo el día y estoy segura que no me pierdo aquí. Mira, salgo a la calle. De aquí se ve la hieliería. Son cuatro cuadradas nomás, según me dijo doña Regina. Luego cuando llegue a la hieliería volteo a la derecha y dos cuadradas más y estoy en el centro. Allí está el Kres. Luego salgo del Kres, voy hacia la hieliería y volteo para esta calle y aquí me tienes.

—De veras que no estaría difícil. Pos sí. Bueno, te voy a dejar dinero sobre la mesa cuando me vaya por la mañana. Pero tienes cuidado, vieja, en estos días hay mucha gente en el centro.

Era que doña María nunca salía de casa sola. La única vez que salía era cuando iba a visitar a su papá y a su hermana quienes vivían en la siguiente cuadra. Sólo iba a la iglesia cuando había difuntito y a veces cuando había boda. Pero iba siempre con su esposo, así que nunca se fijaba por donde iba. También su esposo le traía siempre todo. El era el que compraba la comida y la ropa. En realidad no conocía el centro aun estando solamente a seis cuadradas de su casa. El camposanto quedaba por el lado opuesto al centro, la iglesia también quedaba por ese rumbo. Pasaban por el centro sólo cuando iban de pasada para San Antonio o cuando iban o venían del norte. Casi siempre era de madrugada o de noche. Pero ese día traía ánimo y se preparó para ir al centro.

El siguiente día se levantó, como lo hacía siempre, muy temprano y ya cuando había despachado a su esposo y a los niños recogió el dinero de sobre la mesa y empezó a prepararse para ir al centro. No le llevó mucho tiempo.

—Yo no sé por qué soy tan miedosa yo, Dios mío. Si el centro está solamente a seis cuadras de aquí. Nomás me voy derecho y luego volteo a la derecha al pasar los traques. Luego, dos cuadras, y allí está el Kres. De allí para acá ando las dos cuadras y luego volteo a la izquierda y luego hasta que llegue aquí otra vez. Dios quiera y no me vaya a salir algún perro. Al pasar los traques que no vaya a venir un tren y me pesque en medio ... Ojalá y no me salga un perro ... Ojalá y no venga un tren por los traques.

La distancia de su casa al ferrocarril la anduvo rápidamente. Se fue en medio de la calle todo el trecho. Tenía miedo andar por la banqueta. Se le hacía que la mordían los perros o que alguien la cogía. En realidad solamente había un perro en todo el trecho y la mayor parte de la gente ni se dio cuenta de que iba al centro. Ella, sin embargo, seguía andando por en medio de la calle y tuvo suerte de que no pasara un solo mueble, sino, no hubiera sabido qué hacer. Al llegar al ferrocarril le entró el miedo. Oía el movimiento y el pitido de los trenes y esto la desconcertaba. No se animaba a cruzar los rieles. Parecía que cada vez que se animaba se oía el pitido de un tren y se volvía a su lugar. Por fin venció el miedo, cerró los ojos y pasó sobre las rieles. Al pasar se le fue quitando el miedo. Volteó a la derecha.

Las aceras estaban repletas de gente y se le empezaron a llenar los oídos de ruido, un ruido que después de entrar no quería salir. No reconocía a nadie en la banqueta. Le entraron ganas de regresarse pero alguien la empujó hacia el centro y los oídos se le llenaban más y más de ruido. Sentía miedo y más se le olvidaba la razón por la cual estaba allí se entre el gentío. En medio de dos tiendas donde había una callejuela se detuvo para recuperar el ánimo un poco y se quedó viendo un rato a la gente que pasaba.

—Dios mío, ¿qué me pasa? Ya me empiezo a sentir como me sentí en Wilmar. Ojalá y no me vaya a sentir mal. A ver. Para allá queda la hilería. No, para allá. No, Dios mío, ¿qué me pasa? A ver. Venía andando de allá para acá. Así que queda para allá. Mejor me hubiera quedado en casa. Oiga, perdóneme usted, ¿dónde está el Kres, por favor? ... Gracias.

Se fue andando hasta donde le habían indicado y entró. El ruido y la apertura de la gente era peor. Le entró más miedo y ya lo único que quería salirse de la tienda pero ya no veía la puerta. Sólo veía cosas sobre cosas, gente sobre gente. Hasta oía hablar a las cosas. Se quedó parada un rato viendo vaciamente a lo que estaba enfrente de ella. Era que ya no sabía los nombres de las cosas. Unas personas se le quedaban viendo unos segundos, otras solamente la empujaban para un lado. Permaneció así por un rato y luego empezó a andar de nuevo. Reconoció unos juguetes y los echó en la bolsa. De pronto ya no oía el ruido de la gente aunque sí veía todos los movimientos de sus piernas, de sus brazos, de la boca, de sus ojos. Pero no oía nada. Por fin preguntó que dónde quedaba la puerta, la salida. Le indicaron y empezó a andar hacia aquel rumbo. Empujó y empujó gente hasta que llegó a empujar la puerta y salió.

Apenas había estado unos segundos en la acera tratando de reconocer dónde estaba, cuando sintió que alguien la cogió fuerte del brazo. Hasta la hicieron que diera un gemido.

—Here she is ... these damn people, always stealing something, stealing. I've been watching you all along. Let's have that bag.

—¿Pero ... ?

Y ya no oyó nada por mucho tiempo. Sólo vio que el cemento de la acera se vino a sus ojos y que una piedrita se le metió en el ojo y le calaba mucho. Sentía que la estiraban de los brazos y aun cuando la voltearon boca arriba veía a todos muy retirados. Se veía a sí misma. Se sentía hablar pero ni ella sabía lo que decía pero sí se veía mover la boca. También veía puras caras desconocidas. Luego vio al empleado con la pistola en la cartuchera y le entró un miedo terrible. Fue cuando se volvió a acordar de sus hijos. Le empezaron a salir las lágrimas y lloró. Luego ya no supo nada. Sólo se sentía andar en un mar de gente. Los brazos la rozaban como si fueran olas.

—De a buena suerte que mi compadre andaba por allí. Él fue el que me fue a avisar al restaurante. ¿Cómo te sientes?

—Yo creo que estoy loca, viejo.

—Por eso te pregunté que si no te irías a sentir mal como en Wilmar.

—¿Qué va a ser de mis hijos con una mamá loca? Con una loca que ni siquiera sabe hablar ni ir al centro.

—De todos modos, fui a traer al notario público. Y él fue el que fue conmigo a la cárcel. Él le explicó todo al empleado. Que se te

había volado la cabeza. Y que te daban ataques de nervios cuando andabas entre mucha gente.

—¿Y si me mandan a un manicomio? Yo no quiero dejar a mis hijos. Por favor, viejo, no vayas a dejar que me manden, que no me lleven. Mejor no hubiera ido al centro.

—Pos nomás quedate aquí dentro de la casa y no te salgas del solar. Que al cabo no hay necesidad. Yo te traigo todo lo que necesitas. Mira, ya no llores, ya no llores. No, mejor, llora para que te desahogues. Les voy a decir a los muchachos que ya no te anden fregando con Santo Clos. Les voy a decir que no hay para que no te molesten con eso ya.

—No, viejo, no seas malo. Diles que si no les trae nada en la noche buena que es porque les van a traer algo los reyes magos.

—Pero... Bueno, como tú quieras. Yo creo que siempre lo mejor es tener esperanzas.

Los niños que estaban escondidos detrás de la puerta oyeron todo pero no comprendieron muy bien. Y esperaron el día de los reyes magos como todos los años. Cuando llegó y pasó aquel día sin regalos no preguntaron nada.



Antes de que la gente se fuera para al norte, el cura les bendecía los carros y las trocas a cinco dólares el mueble. Una vez hizo lo suficiente hasta para ir a visitar a sus padres y a sus amigos a Barcelona en España. Le trajo a la gente el agradecimiento de su familia y unas tarjetas de una iglesia muy moderna. Estas las puso al entrar a la iglesia para que vieran y anhelaran una iglesia así. Al poco tiempo empezaron a aparecer palabras en las tarjetas, luego cruces, rayas y con saños así como había pasado con las bancas nuevas. El cura nunca pudo comprender el sacrilegio.

And the Earth Did Not Devour Him



The first time he felt hate and anger was when he saw his mother crying for his uncle and his aunt. They both had caught tuberculosis and had been sent to different sanitariums. So, between the brothers and sisters, they had split up the children among themselves and had taken care of them as best they could. Then the aunt died, and soon thereafter they brought the uncle back from the sanitarium, but he was already spitting blood. That was when he saw his mother crying every little while. He became angry because he was unable to do anything against anyone. Today he felt the same. Only today it was for his father.

"You all should've come home right away, m'ijo. Couldn't you see that your Daddy was sick? You should have known that he'd suffered a sunstroke. Why didn't you come home?"

"I don't know. Us being so soaked with sweat, we didn't feel so hot, but I guess that when you're sunstruck it's different. But I did tell him to sit down under the tree that's at the edge of the rows, but he didn't want to. And that was when he started throwing up. Then we saw he couldn't hoe anymore and we dragged him and put him under a tree. He didn't put up a fuss at that point. He just let us take him. He didn't even say a word."

"Poor viejo, my poor viejo. Last night he hardly slept. Didn't you hear him outside the house. He squirmed in bed all night with cramps. God willing, he'll get well. I've been giving him cool lemonade all day, but his eyes still look glassy. If I'd gone to the fields yesterday, I tell you, he wouldn't have gotten sick. My poor viejo, he's going to have cramps all over his body for three days and three nights at the least. Now, you all take care of yourselves. Don't overwork yourselves so much. Don't pay any mind to that boss if he tries to rush you. Just don't do it. He thinks it's so easy since he's not the one who's out there stooped."

He became even angrier when he heard his father moan outside the chicken coop. He wouldn't stay inside because he said it made him feel very anxious. Outside where he could feel the fresh air was where he got some relief. And also when the cramps came he could roll over on the grass. Then he thought about whether his father might die from the sunstroke. At times he heard his father start to pray and ask for God's help. At first he had faith that he would get well soon but by the next day

he felt the anger growing inside of him. And all the more when he heard his mother and his father clamoring for God's mercy. That night, well past midnight, he had been awakened by his father's groans. His mother got up and removed the scapularies from around his neck and washed them. Then she lit some candles. But nothing happened. It was like his aunt and uncle all over again.

"What's to be gained from doing all that, Mother? Don't tell me you think it helped my aunt and uncle any. How come we're like this, like we're buried alive? Either the germs eat us alive or the sun burns us up. Always some kind of sickness. And every day we work and work. For what? Poor Dad, always working so hard. I think he was born working. Like he says, barely five years old and already helping his father plant corn. All the time feeding the earth and the sun, only to one day, just like that, get struck down by the sun. And there you are, helpless. And them, begging for God's help ... why, God doesn't care about us ... I don't think there even is ... No, better not say it, what if Dad gets worse. Poor Dad, I guess that at least gives him some hope."

His mother noticed how furious he was, and that morning she told him to calm down, that everything was in God's hands and that with God's help his father was going to get well.

"Oh, Mother, do you really believe that? I am certain that God has no concern for us. Now you tell me, is Dad evil or mean-hearted? You tell me if he has ever done any harm to anyone."

"Of course not."

"So there you have it. You see? And my aunt and uncle? You explain. And the poor kids, now orphans, never having known their parents. Why did God have to take them away? I tell you, God could care less about the poor. Tell me, why must we live here like this? What have we done to deserve this? You're so good and yet you have to suffer so much."

"Oh, please, m'ijo, don't talk that way. Don't speak against the will of God. Don't talk that way, please, m'ijo. You scare me. It's as if already the blood of Satan runs through your veins."

"Well, maybe. That way at least, I could get rid of this anger. I'm so tired of thinking about it. Why? Why you? Why Dad? Why my uncle? Why my aunt? Why their kids? Tell me, Mother, why? Why us, burrowed in the dirt like animals with no hope for anything? You know the only hope we have is coming out here every year. And

like you yourself say, only death brings rest. I think that's the way my aunt and uncle felt and that's how Dad must feel too."

"That's how it is, m'ijo. Only death brings us rest."

"But why us?"

"Well, they say that . . ."

"Don't say it. I know what you're going to tell me—that the poor go to heaven."

That day started out cloudy and he could feel the morning coolness brushing his eyelashes as he and his brothers and sisters began the day's labor. Their mother had to stay home to care for her husband. Thus, he felt responsible for hurrying on his brothers and sisters. During the morning, at least for the first few hours, they endured the heat but by ten thirty the sun had suddenly cleared the skies and pressed down against the world. They began working more slowly because of the weakness, dizziness and suffocation they felt when they worked too fast. Then they had to wipe the sweat from their eyes every little while because their vision would get blurred.

"If you start blacking out, stop working, you hear me? Or go a little slower. When we reach the edge we'll rest a bit to get our strength back. It's gonna be hot today. If only it'd stay just a bit cloudy like this morning, then nobody would complain. But no, once the sun bears down like this not even one little cloud dares to appear out of fear. And the worst of it is we'll finish up here by two and then we have to go over to that other field that's nothing but hills. It's okay at the top of the hill but down in the lower part of the slopes it gets to be real suffocating. There's no breeze there. Hardly any air goes through. Remember?"

"Yeah."

"That's where the hottest part of the day will catch us. Just drink plenty of water every little while. It don't matter if the boss gets mad. Just don't get sick. And if you can't go on, tell me right away, all right? We'll go home. Y'all saw what happened to Dad when he pushed himself too hard. The sun has no mercy, it can eat you alive."

Just as they had figured, they had moved on to the other field by early afternoon. By three o'clock they were all soaked with sweat. Not one part of their clothing was dry. Every little while they would stop. At times they could barely breathe, then they would black out and they would become fearful of getting sunstruck, but they kept on working.

"How do y'all feel?"

"Man, it's so hot! But we've got to keep on. 'Til six, at least. Except this water don't help our thirst any. Sure wish I had a bottle of cool water, real cool, fresh from the well, or a coke ice-cold."

"Are you crazy? That'd sure make you sunsick right now. Just don't work so fast. Let's see if we can make it until six. What do you think?"

At four o'clock the youngest became ill. He was only nine years old, but since he was paid the same as a grown up he tried to keep up with the rest. He began vomiting. He sat down, then he laid down. Terrified, the other children ran to where he lay and looked at him. It appeared that he had fainted and when they opened his eyelids they saw his eyes were rolled back. The next youngest child started crying but right away he told him to stop and help him carry his brother home. It seemed he was having cramps all over his little body. He lifted him and carried him by himself and, again, he began asking himself *why?*

"Why Dad and then my little brother? He's only nine years old. Why? He has to work like a mule buried in the earth. Dad, Mom, and my little brother here, what are they guilty of?"

Each step that he took towards the house resounded with the question, *why?* About halfway to the house he began to get furious. Then he started crying out of rage. His little brothers and sisters did not know what to do, and they, too, started crying, but out of fear. Then he started cursing. And without even realizing it, he said what he had been wanting to say for a long time. He cursed God. Upon doing this he felt that fear instilled in him by the years and by his parents. For a second he saw the earth opening up to devour him. Then he felt his footsteps against the earth, compact, more solid than ever. Then his anger swelled up again and he vented it by cursing God. He looked at his brother, he no longer looked sick. He didn't know whether his brothers and sisters had understood the graveness of his curse.

That night he did not fall asleep until very late. He felt at peace as never before. He felt as though he had become detached from everything. He no longer worried about his father nor his brother. All that he awaited was the new day, the freshness of the morning. By daybreak his father was doing better. He was on his way to recovery. And his little brother, too; the cramps had almost completely subsided. Frequently he felt a sense of surprise upon recalling what he had done the previous afternoon. He

thought of telling his mother, but he decided to keep it secret. All he told her was that the earth did not devour anyone, nor did the sun.

He left for work and encountered a very cool morning. There were clouds in the sky and for the first time he felt capable of doing and undoing anything that he pleased. He looked down at the earth and kicked it hard and said.

"Not yet, you can't swallow me up yet. Someday, yes. But I'll never know it."



A stroke left the grandfather paralyzed from the neck down. One day one of his grandsons came by to visit with him. The grandfather asked him how old he was and what he most desired in life. The grandson replied that what he most wanted was for the next ten years to pass by immediately so that he would know what had happened in his life. The grandfather told him he was very stupid and cut off the conversation. The grandson did not understand why he had called him stupid until he turned thirty.

The Night Before Christmas

Christmas Eve was approaching and the barrage of commercials, music and Christmas cheer over the radio and the blare of announcements over the loud speakers on top of the stationwagon advertising movies at the Teatro Ideal resounded and seemed to draw it closer. It was three days before Christmas when Doña Maria decided to buy something for her children. This was the first time she would buy them toys. Every year she intended to do it but she always ended up facing up to the fact that, no, they couldn't afford it. She knew that her husband would be bringing each of the children candies and nuts anyway and, so she would rationalize that they didn't need to get them anything else. Nevertheless, every Christmas the children asked for toys. She always appeased them with the same promise. She would tell them to wait until the sixth of January, the day of the Magi, and by the time that day arrived the children had already forgotten all about it. But now she was noticing that each year the children seemed less and less taken with Don Chon's visit on Christmas Eve when he came bearing a sack of oranges and nuts.

"But why doesn't Santa Claus bring us anything?"

"What do you mean? What about the oranges and nuts he brings you?"

"No, that's Don Chon."

"No, I'm talking about what you always find under the sewing machine."

"What, Dad's the one who brings that, don't think we don't know that. Aren't we good like the other kids?"

"Of course, you're good children. Why don't you wait until the day of the Reyes Magos. That's when toys and gifts really arrive. In Mexico, it's not Santa Claus who brings gifts, but the Three Wise men. And they don't come until the sixth of January. That's the real date."

"Yeah, but they always forget. They've never brought us anything, not on Christmas Eve, not on the day of the Three Kings."

"Well, maybe this time they will."

"Yeah, well, I sure hope so."

That was why she made up her mind to buy them something. But they didn't have the money to spend on toys. Her husband worked almost eighteen hours a day washing dishes and cooking at a restaurant. He

... *And the Earth Did Not Devour Him* 131

didn't have time to go downtown and buy toys. Besides, they had to save money every week to pay for the trip up north. Now they even charged for children too, even if they rode standing up the whole way to Iowa. So it cost them a lot to make the trip. In any case, that night when her husband arrived, tired from work, she talked to him about getting something for the children.

"Look, viejo, the children want something for Christmas."

"What about the oranges and nuts I bring them."

"Well, they want toys. They're not content anymore with just fruits and nuts. They're a little older now and more aware of things."

"They don't need anything."

"Now, you can't tell me you didn't have toys when you were a kid."

"I used to make my own toys, out of clay ... little horses and little soldiers ..."

"Yes, but it's different here. They see so many things ... come on, let's go get them something ... I'll go to Kress myself."

"You?"

"Yes, me."

"Aren't you afraid to go downtown? You remember that time in Wilmar, out in Minnesota, how you got lost downtown. Are you sure you're not afraid?"

"Yes, yes, I remember, but I'll just have to get my courage up. I've thought about it all day long and I've set my mind to it. I'm sure I won't get lost here. Look, I go out to the street. From here you can see the ice house. It's only four blocks away, so Doña Regina tells me. When I get to the ice house I turn to the right and go two blocks and there's downtown. Kress is right there. Then, I come out of Kress, walk back towards the ice house and turn back on this street, and here I am."

"I guess it really won't be difficult. Yeah. Fine. I'll leave you some money on top of the table when I go to work in the morning. But be careful, vieja, there's a lot of people downtown these days."

The fact was that Doña Maria very rarely left the house. The only time she did was when she visited her father and her sister who lived on the next block. And she only went to church whenever someone died and, occasionally, when there was a wedding. But she went with her husband, so she never took notice of where she was going. And her husband always brought her everything. He was the one who bought the groceries and

clothing. In reality she was unfamiliar with downtown even though it was only six blocks away. The cemetery was on the other side of downtown and the church was also in that direction. The only time that they passed through downtown was whenever they were on their way to San Antonio or whenever they were returning from up north. And this would usually be during the wee hours of the morning or at night. But that day she was determined and she started making preparations.

The next day she got up early as usual, and after seeing her husband and children off, she took the money from the table and began getting ready to go downtown. This didn't take her long.

"My God, I don't know why I'm so fearful. Why, downtown is only six blocks from here. I just go straight and then after I cross the tracks turn right. Then go two blocks and there's Kress. On the way back, I walk two blocks back and then I turn to the left and keep walking until I'm home again. God willing, there won't be any dogs on the way. And I just pray that the train doesn't come while I'm crossing the tracks and catches me right in the middle. . . . I just hope there's no dogs. . . . I hope there's no train coming down the tracks."

She walked the distance from the house to the railroad tracks rapidly. She walked down the middle of the street all the way. She was afraid to walk on the sidewalk. She feared she might get bitten by a dog or that someone might grab her. In actuality there was only one dog along the entire stretch and most of the people didn't even notice her walking toward downtown. She nevertheless kept walking down the middle of the street and, luckily, not a single car passed by, otherwise she would not have known what to do. Upon arriving at the crossing she was suddenly struck by intense fear. She could hear the sound of moving trains and their whistles blowing and this was unnerving her. She was too scared to cross. Each time she mustered enough courage to cross she heard the whistle of the train and, frightened, she retreated and ended up at the same place. Finally, overcoming her fear, she shut her eyes and crossed the tracks. Once she got past the tracks, her fear began to subside. She got to the corner and turned to the right.

The sidewalks were crowded with people and her ears started to fill up with a ringing sound, the kind that, once it started, it wouldn't stop. She didn't recognize any of the people around her. She wanted to turn back but she was caught in the flow of the crowd which shoved her onward toward downtown and the sound kept ringing louder and louder in her ears. She became frightened and more and more she was finding herself

unable to remember why she was there amidst the crowd of people. She stopped in an alley way between two stores to regain her composure a bit. She stood there for a while watching the passing crowd.

"My God, what is happening to me? I'm starting to feel the same way I did in Wilmar. I hope I don't get worse. Let me see. . . the ice house is in that direction—no it's that way. No, my God, what's happening to me? Let me see. . . I came from over there to here. So it's in that direction. I should have just stayed home. Uh, can you tell me where Kress is, please? . . . Thank you."

She walked to where they had pointed and entered the store. The noise and pushing of the crowd was worse inside. Her anxiety soared. All she wanted was to leave the store but she couldn't find the doors anywhere, only stacks and stacks of merchandise and people crowded against one another. She even started hearing voices coming from the merchandise. For a while she stood, gazing blankly at what was in front of her. She couldn't even remember the names of the things. Some people stared at her for a few seconds, others just pushed her aside. She remained in this state for a while, then she started walking again. She finally made out some toys and put them in her bag. Then she saw a wallet and also put that in her bag. Suddenly she no longer heard the noise of the crowd. She only saw the people moving about—their legs, their arms, their mouths, their eyes. She finally asked where the door, the exit was. They told her and she started in that direction. She pressed through the crowd, pushing her way until she pushed open the door and exited.

She had been standing on the sidewalk for only a few seconds, trying to figure out where she was, when she felt someone grab her roughly by the arm. She was grabbed so tightly that she gave out a cry.

"Here she is. . . these damn people, always stealing something, stealing. I've been watching you all along. Let's have that bag."

"But. . ."

Then she heard nothing for a long time. All she saw was the pavement moving swiftly toward her face and a small pebble that bounced into her eye and was hurting a lot. She felt someone pulling her arms and when they turned her, face up, all she saw were faces far away. Then she saw a security guard with a gun in his holster and she was terrified. In that instant she thought about her children and her eyes filled with tears. She started crying. Then she lost consciousness of what was happening around her, only feeling herself drifting in a sea of people, their arms brushing against her like waves.

"It's a good thing my compadre happened to be there. He's the one who ran to the restaurant to tell me. How do you feel?"

"I think I must be insane, viejo."

"That's why I asked you if you weren't afraid you might get sick like in Wilmar."

"What will become of my children with a mother who's insane? A crazy woman who can't even talk, can't even go downtown."

"Anyway, I went and got the notary public. He's the one who went with me to the jail. He explained everything to the official. That you got dizzy and that you get nervous attacks whenever you're in a crowd of people."

"And if they send me to the insane asylum? I don't want to leave my children. Please, viejo, don't let them take me, don't let them. I shouldn't have gone downtown."

"Just stay here inside the house and don't leave the yard. There's no need for it anyway. I'll bring you everything you need. Look, don't cry anymore, don't cry. No, go ahead and cry, it'll make you feel better. I'm gonna talk to the kids and tell them to stop bothering you about Santa Claus. I'm gonna tell them there's no Santa Claus, that way they won't trouble you with that anymore."

"No, viejo, don't be mean. Tell them that if he doesn't bring them anything on Christmas Eve, it's because the Reyes Magos will be bringing them something."

"But ... well, all right, whatever you say. I suppose it's always best to have hope."

The children, who were hiding behind the door, heard everything, but they didn't quite understand it all. They awaited the day of the Reyes Magos as they did every year. When that day came and went with no arrival of gifts, they didn't ask for explanations.



Before people left for up north the priest would bless their cars and trucks at five dollars each. One time he made enough money to take a trip to Barcelona, in Spain, to visit his parents and friends. He brought back words of gratitude from his family and some postcards of a very modern church. These he placed by the entrance of the church for the people to see, that they might desire a church such as that one. It wasn't long before words began to appear on the cards, then crosses, lines, and con safos symbols, just as had happened to the new church pews. The priest was never able to understand the sacrilege.

Sugerencias para el análisis del cuento

1. En el primer párrafo el narrador nos habla del joven protagonista y nos describe la primera vez que el niño siente "odio y coraje" ¿Qué tragedia ha ocurrido? ¿Por qué está enojado el niño? ¿Cuál es el paralelo que se hace entre los tíos y su "tata" (el padre)?
2. Después del primer párrafo, hay un diálogo entre el niño y su madre. Cuando la madre se dirige a "ustedes" habla al niño y sus hermanos. ¿De qué les culpa la madre? ¿Quién es el viejo? ¿Por qué se culpa también a sí misma?
3. ¿Qué detalles se utilizan para comunicar la calidad de la vida y el sufrimiento del niño y de su familia?
4. ¿Qué evidencia vemos entre los miembros de la familia de su fe religiosa?
5. El niño empieza a cuestionar ciertas creencias. ¿Cuáles son? ¿Qué le inspira estas dudas? ¿Cómo reacciona su madre?
6. Cuando por fin el niño "maldijo a Dios", ¿qué consecuencia teme?

Temas de discusión y ensayos

1. En los cuentos hay varias voces: la de un narrador omnisciente, la del joven protagonista y la de sus padres. ¿De qué manera sirve la variedad de voces narrativas para enriquecer los cuentos?
2. ¿Cuál es el tema fundamental de este cuento?
3. ¿Qué impresión tienes de la relación entre los miembros de la familia? ¿Cómo se crea esta impresión?
4. Explica el significado del título "... y no se lo tragó la tierra". ¿Qué descubrimiento representa para el niño? En tu opinión, ¿cómo será diferente el niño de allí en adelante?



Sugerencias para el análisis del cuento

1. ¿Qué pasa cada Navidad cuando el niño y sus hermanos preguntan por sus juguetes? ¿Qué les dice su madre? ¿Qué desilusión sufren? ¿Qué ha decidido hacer la madre?
2. Los padres no coinciden en su opinión sobre los juguetes. ¿Por qué cree el padre que no es necesario comprar regalos? ¿Por qué no está de acuerdo la madre?
3. Cuando la madre informa al padre que va al centro para comprar juguetes, ¿por qué se preocupa el padre?
4. ¿Qué ocurre en la tienda? ¿Qué pasa en la calle después de salir de la tienda? ¿Cuál es la nueva preocupación de la madre?
5. ¿Cuál es la ironía del título "La noche buena"?

Temas de discusión y ensayos

1. El niño pregunta a su madre al no tener regalos: "¿Es que no somos buenos como los demás?" ¿Qué efecto tiene la pregunta sobre el lector?
2. El padre dice que cuando era niño hacía sus propios juguetes y sugiere que sus hijos hagan lo mismo. ¿En qué sentido se revela aquí un conflicto universal entre generaciones? Tus padres o abuelos, ¿te han dicho cosas semejantes? ¿Es válida esta manera de pensar?
3. Describe los problemas psicológicos de la madre. ¿Cómo varía el punto de vista al comunicar el estado emocional de la madre? ¿Qué reacción provoca en el lector?
4. ¿Qué impresión tenemos de la relación entre los miembros de la familia? ¿Qué evidencia nos da el autor para apoyar esta impresión?
5. ¿Cómo se puede interpretar la última frase: "Cuando llegó y pasó aquel día sin regalos no preguntaron nada"? Compara el final con la resolución de "... y no se lo tragó la tierra".

Temas de discusión y ensayos de los dos cuentos

1. En los dos cuentos, hay un momento clave en que algo en la vida emocional del niño cambia para siempre. Identifica estos momentos en cada uno. Explica los cambios.
2. Trata de distanciarte de los cuentos y ver a esta familia como la verían las familias de los "anglos". ¿Qué podrían pensar de ellos? ¿Cómo los juzgarían?
3. Haz lo mismo y trata de enjuiciar a la realidad americana que les rodea. ¿Cómo la percibe la familia? ¿Qué crea, en tu opinión, la mayor parte de los prejuicios mutuos (el idioma, la cultura, la clase social)? ¿Habría posibilidad de entendimiento y respeto mutuos?
4. ¿Sobreviven estos estereotipos en tu opinión, respecto a inmigrantes de todas las nacionalidades? Contesta con ejemplos específicos de la vida actual.